

Sermon del Domingo, 28 julio 2024

St. Luke/San Lucas

2 Samuel 11:1-15; Ephesians 3:14-21; John 6:1-21

Por la Palabra de Dios en las Escrituras,

Por la Palabra de Dios entre nosotros,

Por la Palabra de Dios en nosotros,

Gracias a Dios.

Amén.

Muchos de nosotros hemos escuchado la historia de la alimentación de los cinco mil, los cinco panes y los dos peces, una historia del poder milagroso de Dios para proveer.

Cuando era niño, pensaba en Jesús, de pie frente a la multitud con una canasta de comida, agitando los brazos, y luego la canasta se convierte en una fuente inagotable de comida, llenándose una y otra vez. Y he escuchado mensajes y sermones sobre esto, como un ejemplo de un evangelio de abundancia, que dice que sea cual sea nuestra necesidad, Dios proveerá.

Pero al volver a mirar el pasaje de hoy, pensé que tal vez Jesús tenía algo más en mente.

Dios es el Dios de la abundancia. Dios provee. Pero tal vez hay un poco más que Jesús quiere enseñar a sus discípulos, y a nosotros. Veámoslo más de cerca.

Las multitudes habían estado siguiendo a Jesús, presenciando su poder de sanación, escuchando sus enseñanzas de que el reino de los cielos, el reino de Dios, estaba cerca. Para una población que sufría bajo la ocupación romana, que buscaba un Mesías, un salvador, Jesús debe haber parecido su última y mejor esperanza. Estaban buscando un líder, alguien poderoso que se enfrentara a los romanos, que se deshiciera de las cadenas de los opresores, que restaurara la grandeza de un Israel independiente. Así que aquí hay otra oportunidad para que Jesús demostrara su poder, que mostrara al mundo lo que podía hacer.

Sin embargo, eso no correspondía con lo que Jesús había estado enseñando. El reino de Dios es como alguien que esparce semilla en la tierra, que crece sin saber cómo, madura y cosecha. El reino de Dios es como una semilla de mostaza, la más pequeña de todas las semillas, que cuando se planta crece lo suficientemente grande como para que los pájaros aniden en ella. El reino de los cielos es como la levadura que una mujer tomó y mezcló con harina hasta que todo estuvo leudado. En cada una de estas parábolas, el reino de Dios, el reino de los cielos, se compara a cuando los humanos hacen algo (plantar, sembrar, mezclar) y luego Dios provee más.

Jesús pone a prueba una vez más a sus discípulos para ver si habían entendido sus enseñanzas, para ver si habían captado el mensaje acerca del reino de Dios. Por lo general, es Pedro quien se equivoca con la respuesta, pero esta vez fue Felipe.

Jesús le pregunta: “¿Dónde compraremos pan para que coman estos?” Felipe le responde: “Doscientos denarios no alcanzarían para comprar un poco de pan para cada uno”.

Doscientos denarios, la cantidad que un trabajador común ganaría por trabajar doscientos días. Mucho dinero. Más de lo que cualquiera de los discípulos tendría en cambio. Más de lo que todos juntos tendrían.

Esa parece una respuesta razonable, pero recuerden que se trataba de una prueba y, como siempre, el discípulo no captó el mensaje. Jesús no estaba preguntando por el dinero: había pasado días enseñando que su autoridad provenía de Dios, no de los humanos, que el reino de Dios no dependía de poderes terrenales, sino de las acciones que cada uno de nosotros toma.

Sin embargo, cuando se enfrentaba a un desafío, la mente de Felipe se dirigía inmediatamente a lo mundano, al poder terrenal, al dinero. Porque así es como abordamos los problemas, ¿no?, usamos el dinero. Escribimos un cheque. Sacamos la tarjeta de crédito. Compramos una solución. Pagamos por lo que necesitamos. O esperamos que los ricos y poderosos lo hagan por nosotros.

Pero eso no era lo que Jesús había estado enseñando, y utilizó este momento como una enseñanza. Un niño, un muchacho, había estado escuchando las enseñanzas de Jesús. Había estado absorbiendo los mensajes, los mensajes del reino de Dios. Y entonces,

cuando vio que había mucha gente hambrienta, ofreció su almuerzo. Cinco panecillos pequeños. Dos peces. Lo que tenía, lo dio.

Los discípulos comenzaron a pasar las canastas. Algunos creen que las canastas se volvieron a llenar mágicamente. Otros piensan que la multitud, habiendo escuchado el mensaje de Jesús, y tal vez sintiéndose un poco avergonzada de que un muchacho joven hubiera ofrecido todo lo que tenía, comenzó a contribuir, a poner lo que tenían, a compartir con los demás. Y no solo hubo suficiente comida para todos los presentes, al final, sobraron doce canastas, una para cada uno de los discípulos.

Creo que Jesús estaba planteando este punto: no es el poder terrenal, el dinero, lo que crea el reino de Dios, lo que provee para nuestras necesidades. Más bien, es la comunidad de fe, trabajando juntos, confiando en la abundante gracia de Dios, lo que traerá el reino de Dios a la existencia.

Ya he compartido esta historia con algunos de ustedes. La iglesia a la que asistí cuando era niño tenía la costumbre de colocar periódicamente una caja grande, generalmente una caja de electrodomésticos donada por la tienda local Montgomery Wards, en el nártex. Durante un par de semanas, aparecía un anuncio en el boletín. A veces decía: Familia con adolescentes necesita comida, o Familia con niños pequeños necesita fórmula y Gerbers. Después de un tiempo, la caja desaparecía, solo para que apareciera otra unos meses después.

Un domingo, cuando nos preparábamos para subirnos a la camioneta para ir a la iglesia, mi papá le preguntó a mi mamá: “¿No te olvidas de algo?”. Mamá nos miró: dos niños, Biblias, monedas de diez centavos para la ofrenda. No, dijo, estamos bien. Papá dijo: “¿Qué tal si traemos comida para la caja?”. Entonces, comenzaron los susurros. Mi papá estaba trabajando como jornalero, después de que él (y aproximadamente una cuarta parte del pueblo) habían sido despedidos de la fábrica. Mi mamá estaba limpiando casas, cuidando niños, cualquier cosa para traer un poco más de dinero. No estábamos bien, pero estábamos sobreviviendo. Mi mamá dijo: “Realmente este no es el momento para dar”. Y mi papá dijo: “Si tenemos comida en la cocina, entonces tenemos suficiente para compartir”.

En ese momento, mi mamá entró en la cocina. Podíamos escuchar el gabinete abrirse y cerrarse, no silenciosamente. Y mamá regresó con la lata más pequeña de maíz, las pequeñas latas de una sola porción que se usan para ensaladas y cosas así. Sin decir una palabra, mi papá entró en la cocina. Una vez más, pudimos oír cómo se abrían y cerraban los armarios. Entonces regresó mi padre, con la lata más grande de carne de cerdo con frijoles, de tamaño familiar, en la mano. Nos subimos a la camioneta en medio del silencio helado y fuimos a la iglesia.

Allí, mi mamá puso desafiante su lata de maíz en la caja. Mi papá, en silencio, agregó su lata de cerdo y frijoles. Y luego fuimos a la escuela dominical, a la iglesia y a la hora del café. Varias horas después, cuando salimos al estacionamiento para volver a casa,

descubrimos que la parte trasera de nuestra camioneta estaba llena de comida. La caja de la colecta era para nosotros.

Se le atribuye a Teresa de Ávila haber dicho: “Cristo no tiene cuerpo en la tierra excepto el tuyo, no tiene manos excepto las tuyas, no tiene pies excepto los tuyos. Tuyos son los ojos a través de los cuales la compasión de Cristo por el mundo debe mirar; tuyos son los pies con los que Él debe andar haciendo el bien; y tuyas son las manos con las que Él debe bendecirnos ahora”.

Jesús alimentó a cinco mil personas con cinco panes y dos peces, pero sólo porque un niño estaba dispuesto a compartir su almuerzo. Dios alimentó a una familia de cuatro con una pequeña lata de maíz y un paquete familiar de cerdo y frijoles, pero sólo porque la comunidad estaba dispuesta a compartir su comida.

Vivimos en un mundo de abundancia de Dios. Dios puede proveer para nuestras necesidades. El reino de los cielos puede aparecer aquí en la tierra. Si dejamos de centrarnos en el poder terrenal, si dejamos de aferrarnos al dinero como seguridad, si estamos listos para ser las manos, los pies, los ojos y el corazón de Dios aquí en la tierra.

Y Dios no pide más de lo que tenemos, sólo que compartamos lo que tenemos. Con eso, podemos alimentar a los hambrientos. Podemos vestir a los pobres. Podemos encontrar refugio para los que no tienen hogar. Podemos traer el reino de los cielos a la tierra.

El joven de nuestro Evangelio ofreció su almuerzo, y miles fueron alimentados con doce canastas sobrantes. Mis padres ofrecieron una lata pequeña de maíz y una lata grande de cerdo con frijoles, y una familia de cuatro fue alimentada durante un mes. ¡Imagínense lo que Dios puede hacer si ofrecemos lo que tenemos!

Amén.